



La ruta, el camino perdido

Manuel Arduino Pavón



La ruta, el camino perdido

Manuel Arduino Pavón

Editorial Gradiente 2014

Colección Numen

Género: Relatos

Diseño portada y colección: Alex Escalada

Imagen superior portada: Inundaciones (Charles Guilloux, 1893)

Imagen inferior portada: El camino (Roberto del Pilar Cuadrado)

Cód: Gr-Nu-002

www.editorialgradiente.com



LA RUTA

Al costado del camino

Caminaba al costado de la ruta, con su mochila de tela de paracaídas, sus pantalones de montar y sus zapatillas de marca algo raídas por el camino y por el tiempo.

Hubiera deseado tener un cigarrillo para acompañarse.

Iba solo, muy solo al costado de la ruta.

No intentaba detener a los automovilistas por una razón muy sencilla: desde hacía casi media hora no pasaba ninguno por allí.

Sólo tierra inculta y hierbajos, maleza. Una larga llanura, descolorida y tosca. Sola como él, muda.

De pronto oyó el ruido de un motor.

Se puso alerta.

Habría de detener al automovilista como fuera, de cualquier forma.

No soportaba la otra soledad de esa ruta, la insensatez de andar solo por el mundo.

Al menos podría conversar con alguien, con un

ser humano como él, con otro solitario desahuciado.

Vio el automóvil.

Negro o rojo. Rojo.

Se paró en el medio del camino, con los brazos abiertos, moviéndolos como aspas.

El automovilista pareció no darle importancia al muchacho en medio del camino.

El muchacho en medio del camino no pareció caer en la cuenta de que el automovilista no se detendría.

El automóvil rojo golpeó duramente el cuerpo del caminante y lo destrozó.

No se detuvo: después de recuperar la dirección del volante, el conductor continuó corriendo a toda velocidad.

Iba pensando, manejaba y pensaba.

Iba solo.

Nadie habría de incomodar su soledad.

Esos locos idiotas que se paran en medio de la ruta no habrían de interferir en sus planes.

Debía llegar a la ciudad cuanto antes.

Era cuestión de vida o muerte.

Al costado del camino asomó la primera casa en muchas millas.

Los juegos de la soledad, los juegos de la inmensidad.

Y luego el estiaje mismo, la muerte del paisaje.

En algún punto del camino habría de embestir a la ciudad.

La soledad tiene sus reglas de juego.

Nadie en sus cabales debería intentar obstaculizar la marcha de la escamosa soledad.

Las marmotas

Las marmotas cruzaron la ruta en tropel.

Detuvieron el tránsito por un instante.

Hicieron que los automovilistas se preguntaran adónde iban con tanta ansiedad.

Un vagabundo las vio arrojar al abismo, obedecer a la voz de su sangre, y se detuvo a considerar.

Vio a los autos en la ruta corriendo en tropel.

La misma urgencia, diferente velocidad.

Seguramente aquella voz que los llamaba era todavía más tiránica y letal.

Él mismo sentía esa demanda en la sangre.

Sólo que no podía hacer otra cosa que caminar.

—¿Vio las marmotas? —le preguntó otro vagabundo.

—Todos los años, el mismo día, aquí.

—¿Todos los años? ¡Es sorprendente!

—Nosotros hacemos lo mismo.

—¿Lo mismo? No corremos desenfrenadamente

hacia el abismo, cada uno tiene destino diferente. No es igual.

El viejo no continuó la conversación.

En un año él volvería a estar exactamente en este lugar después de haber recorrido la ruta de una punta a la otra.

Él volvería a estar en este mismo lugar de la ruta y se preguntaba por qué.

La única respuesta que venía a su mente eran las tibias marmotas, el suicidio colectivo, el problema de la disciplina, el poder de la fe.

El fatal poder de la fe.

Él siempre estaba en el mismo lugar al cabo de cada año por una cuestión de fe.

Después de todo en una ruta nadie se preocupa por averiguar de dónde viene la fe y hacia dónde se marcha con tanta celeridad.

Las rutas

Hay muchas grandes rutas.

Indefectiblemente todas llevan a la frontera.

A los costados de estas grandes rutas se apiñan millares de jóvenes haciendo dedo.

Junto a la frontera esperan los automóviles y los jóvenes que decidieron escapar del país.

No hay lugar para los jóvenes.

El país vecino no admite jóvenes tampoco.

De modo que la solución está en construir nuevas rutas que partan de la frontera y que no lleguen a ninguna parte.

Una forma de colonizar el país.

De forzar una migración interna, de arriesgar una aventura imponderable.

Hemos puesto nuestra fe en las rutas: nada podemos esperar de los jóvenes.

Una vez los jóvenes nos dijeron que los países no sirven para nada.

Nos mortificaron diciendo que los países no sirven

para nada.

Nosotros les demostramos que los países pueden construir rutas, caminos, esperanzas.

Ahora les vamos a demostrar que podemos construir destinos.

Vamos a construir las rutas fantasmas, vamos a darles un sentido a sus vidas.

Vamos a enseñarles todo.

Vamos a obligarlos a comenzar de la nada.

Avionetas

Hace cuarenta años una avioneta se quedó sin combustible y aterrizó en la ruta, muy cerca del promontorio que indica que allí yace el último cacique de la tribu.

Los nativos erigieron un templo en torno a la avioneta, ya que la interpretaron como una señal de los cielos.

La gobernación del estado debió abrir caminos laterales que luego regresaban a la ruta, sólo que los nativos decidieron continuar situando promontorios junto a la avioneta.

A lo largo de unos kilómetros erigieron toda suerte de monumentos funerarios y religiosos, de modo que la gobernación volvió a construir caminos paralelos que mucho más adelante retornaban a la ruta.

Después llegaron los hippies y los turistas americanos y la ruta fue tomada por otros doce o trece kilómetros.

Se prepararon cuevas y espacios para recitales de rock, piletas y todo tipo de construcciones apropiadas para vivir con intensidad una nueva era.

De modo que la gobernación decidió construir otra ruta paralela a unos cuantos kilómetros de donde corriera la primera.

Todo marchó bien.

La nueva ruta pasa junto a otra comunidad de pueblos originarios, muy tranquilos y amigables.

Sólo que ayer otra avioneta se quedó sin combustible.

Aterrizó en la nueva ruta, exactamente junto a la tumba del último hombre de medicina.

El futuro es predecible.

Ya nada es un acertijo.

Los gobernadores están reunidos considerando alternativas a las rutas terrestres ya existentes, a las rutas terrestres.

Entienden que debería mejorar el trabajo de los aeropuertos, para evitar que las avionetas se queden sin combustible en el aire.

Y que la ruta es el aire.

De modo que el siguiente plan es construir aeropuertos, muchos aeropuertos.

Aeropuertos sobre el cielo del arrecife, sobre el cielo de la jungla, sobre el techo del volcán.

Si hay algo abierto, eso es el camino del cielo; si hay algo que ha de ser abierto de una buena vez, ese

es el camino del cielo.

Empezar de nuevo es como comenzar las cosas al revés.

Bola de fuego

Una inmensa bola de fuego al final de la ruta.
Detener el carro al costado del camino.
Entrar en una cantina.
Pedir una cerveza.
Encender un cigarrillo.
Coquetear con la camarera.
Apagar el cigarrillo en la jarra de cerveza,
ahogarlo.
Salir de la cantina.
Golpear las botas contra la tierra.
Comprobar que ya no hay una bola de fuego al
final de la ruta.
Subir al carro.
Encender el motor, bajar el vidrio de la ventanilla.
Escupir.
Escupir como en un exorcismo.
Arrancar a toda velocidad.
Después de todo, una inmensa bola de fuego al
final de la ruta no nos puede desviar de nuestro

destino.

Encender la radio a todo volumen, extraer la pistola de la gaveta y disparar.

Por si acaso, disparar.

¿Te está gustando este libro?

Puedes encontrar este y muchos otros [aquí](#).

